

## Consideraciones sobre la *Patrii Sermonis Egestas* en las traducciones del Humanismo Español

Francisco Salas Salgado  
Univ. de La Laguna

### Introducción

Ya hoy se reconoce la traducción no sólo como el fenómeno lingüístico que abarca más parcialidades dentro de la lengua, sino además como el medio que se tuvo desde antiguo para acceder a la cultura de pueblos más desarrollados. Esto último haría que desde temprano los traductores se convirtieran en demiurgos de unas civilizaciones arcanas poseedoras de unos conocimientos que tenían validez universal. Tal circunstancia se hace más evidente en algunos movimientos ya característicos de nuestro devenir cultural como el aquí se va a tratar, el humanismo, donde la traducción, como considera V. García Yebra<sup>1</sup>, era casi inevitablemente «el camino más directo para dar a conocer las obras de la Antigüedad clásica»: con ello por un lado se permitía acceder a la cuna de la civilización occidental a todos aquellos que por entonces carecían de los imprescindibles rudimentos en las lenguas cultas, el griego y sobre todo el latín, y por otro se enriquecía a las incipientes y cada vez más pujantes lenguas vernáculas.

---

1. V. García Yebra (1994), «La traducción en el Siglo de Oro», en *Traducción: Teoría e Historia*. Madrid: Gredos, 1994, p. 137.

Diferentes momentos, no obstante se han venido a distinguir en la actividad traductora<sup>2</sup> del período humanístico<sup>3</sup>, si bien ciertas características comunes les son propias, en particular el desarrollo de tópicos que se repiten una y otra vez, pero que desgraciadamente no fructificaron en el deseado método. Seguro que tales similitudes tienen su razón de ser en las evidentes relaciones de dependencia del humanismo renacentista con el mundo clásico, y del humanismo propiciado en el siglo XVIII<sup>4</sup>, de características similares, con sus predecesores<sup>5</sup>.

Pues bien de aquel aspecto concreto, de por demás interesante de entre los muchos que podrían surgir, cual es el de los *tópica* literarios, van a tratar las siguientes páginas. Si es necesario para un mejor

- 
2. Para G. Steiner ([1981], *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. México: F.C.E., p. 272) el trazado lineal que comprendería este período, habida cuenta de las relaciones con el mundo clásico, va del *Libellus de optimo genere oratorum* del año 46 de Cicerón «hasta el comentario sibilino con que Hölderlin acompaña sus traducciones de Sófocles (1804)». Por su parte, J. C. Santoyo, ([1987], *Teoría y crítica de la traducción: Antología*. Universitat Autònoma de Barcelona, p. 9) lo incluye en una tercera etapa, caracterizándola de la siguiente manera: «Proliferan en los textos de esta tercera etapa los lugares comunes, una y otra vez repetidos, no importa en qué lengua o nacionalidad. Las variantes son escasas: se alude a la dificultad y complejidad de la tarea; de la experiencia del traductor se deducen “reglas” teórico-prácticas siempre generales, suerte de *vademecum* para sortear las corrientes entre el Escila de un idioma y el Caribdis de otro; se repiten los habituales clichés que comparan las traducciones con libretos sin música, cuerpos sin alma, tapices del revés o imágenes en un espejo; se desprecia o se ensalza al traductor; se enumeran las cualidades que el trabajo requiere; se discute si es arte u oficio, libertad o esclavitud; se pondera la imposibilidad de la versión poética; se contraponen traducciones libres y literales; se comenta la influencia de esta obra traducida sobre aquella literatura; se escriben, en fin, prólogos galeatos en los que el ejecutor de la traducción (a veces en los dos sentidos del término *ejecutar*) explica cómo ha ido resolviendo los problemas concretos que se le han presentado o cómo ha sorteado las insalvables que todos inexorablemente encuentran, tanto en Demóstenes como en Bocaccio o *Beowulf*... Pero en ninguna de tales aproximaciones, ni siquiera en las más atinadas hay método alguno»
  3. Ya que se tratará del humanismo desarrollado en España, he considerado oportuno seguir la periodización que otorga a dicho humanismo L. Gil (1981), *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*. Madrid: Alhambra, manual del que ha servido no pocas veces este trabajo.
  4. Este siglo de la revolución (sobre todo a partir de su segunda mitad), según lo definió G. Highet, traía una corriente de recuperación de los clásicos semejante a la producida en el Renacimiento, pero con un canon diferente. Categóricas son en este sentido sus palabras ([1986], *La tradición clásica*. México: F.C.E., 2ª reimpr., p. 109): «Las dos etapas señalaron otras tantas etapas complementarias en la exploración de la Antigüedad. El Renacimiento significó la asimilación del latín, mientras que la era revolucionaria significó una intimidad más estrecha con el griego. Cuando los hombres del Renacimiento, como Montaigne, hablaban de “los antiguos”, pensaban casi siempre en los romanos; solían citar muchas veces a poetas latinos de segunda categoría, como Silio Itálico, pero sólo una que otra vez a poetas griegos de primera categoría, como Homero. Esa actitud quedó ahora trastocada. Quien estimuló a Keats fue Homero, más que Virgilio. Alfieri se puso a aprender griego a los cincuenta años. Cuando Shelley y Goethe decidieron escribir grandes dramas, no pensaron ni un momento en Séneca, sino que se esforzaron por asimilar a Esquilo y Eurípides. [...]».
  5. Se creó de esta manera la imagen del siglo XVI como si se tratara de un *saeculum aureum*. Cf. al respecto, A. Mestre (1990), *Mayáns y la España de la Ilustración*. Madrid: Instituto de España-Espasa Calpe. Especialmente el capítulo II titulado «El soñado siglo de Oro».

conocimiento de la poesía neolatina en España, como ya apuntara J. F. Alcina<sup>6</sup>, «exposiciones diacrónicas de palabras clave, conceptos e ideas que pueden servirnos para las líneas maestras del humanismo hispano», necesario también —creemos— es hacer lo mismo en el otro terreno desarrollado mayormente en «vulgar» que también permitió a su vez el desarrollo del movimiento humanista, cual fue la traducción.

Efectivamente, entre los muchos clichés que pueden abundar, a posta o no, llama la atención encontrar en algunas de las reflexiones dispersas en tratados de retórica o poética y más en los discursos proemiales de nuestros traductores de obras clásicas (especialmente, por no decir exclusivamente, de nuestros humanistas) la mención recurrente, característica del fenómeno de la traducción, de la *patrii sermonis egestas*, esto es, de la pobreza de la lengua a la que se traduce. Ello es consecuencia innegable de aquella superioridad cultural de la que han hecho mención alguna que otra vez literatos e investigadores: le ocurrió a Roma con Grecia, a los cristianos con los árabes y así sucesivamente<sup>7</sup>.

Tal referencia a la «penuria de la lengua patria» podría caber en principio como una variante de lo que E. R. Curtius llamó «falsa modestia», mediante la cual se pretendía conseguir de alguna manera la atención del lector o, en su caso, del oyente. Ciertamente, entre las diversas ramificaciones de este tópico, anota el estudioso alemán, que «el autor se excusa unas veces de su incapacidad en general, otras de su lenguaje inculto y grosero (*rusticitas*)»; y «hasta un estilista tan refinado como Tácito quiere hacernos creer que su *Agrícola* está escrito en “lenguaje sin arte y sin educación”»<sup>8</sup>. Pero a pesar de este marcado carácter literario, y dada la utilización de la *patrii sermonis egestas* en momentos donde poco o nada se dejaba sentir la influencia de la lengua de una cultura superior sobre la de otra inferior, pudiera pensarse que el fin perseguido cuando se hace uso de él no tenga que ver siempre, tal

---

6. Cf. J. F. Alcina (1976), «Poliziano y los elogios de las letras en España (1500-1540)», en *Humanistica Louaniensis*, XXV, pp. 198-199.

7. En este sentido es bien conocida la sentencia de Horacio (*epist.* 2,1, 156-157) para Grecia y Roma. Para los árabes, aducía R. Menéndez Pidal ( [1957], «Tradicionalidad en la literatura española». En *España y su Historia*. Madrid: Ediciones Minotauro, I, p. 710): «cuando los latinos en España y en Sicilia vencen a los musulmanes, se dejan a su vez vencer por la superior cultura de los vencidos, se dejan cautivar por las ciencias y las artes que admiran en las tierras recién conquistadas». Algo apunta relacionado con ello M<sup>a</sup>. J. Vega (1991), «Lenguas muertas. El *tópos* de la muerte de las lenguas clásicas en la querrela quinientista sobre el vernacular», en *Estudios clásicos*, 99, p. 36.

8. E. R. Curtius (1984, 4<sup>a</sup> reimpr.), *Literatura europea y Edad Media latina*. México: F.C.E., vol. I, p. 128.

como lo sugiere Curtius, con la manida *captatio benevolentiae*, sino que otras razones —y ello es lo que se intentará demostrar aquí— pudieran esconderse tras este cliché.

Si hemos de hacer una pequeña retrospectiva, observaremos que las primeras manifestaciones del tópico, como ocurre con otros muchos aspectos de la literatura humanista cuya razón de ser era la recuperación de la cultura grecolatina, se ofrecen entre los latinos<sup>9</sup>, especialmente en lo que se ha llamado traducción implícita<sup>10</sup>, y responden por lo general a cuestiones de adaptación literaria o cultural. La necesidad de traducción referida por algunos estudiosos de la literatura latina<sup>11</sup> para todos los períodos de la historia literaria romana, debe su razón de ser a los lazos de dependencia casi absoluta de la literatura romana con la literatura griega, tanto en la forma como en su contenido. Lucrecio<sup>12</sup> fue el que

- 
9. Parece que los griegos estaban envanecidos por la superioridad de su cultura, y sus relaciones con los otros pueblos eran ocasionales. Así se desprende de las consideraciones de H. van Hoof ([1986], *Petit histoire de la traduction en Occident*. Louvan-La Neuve, p. 7): «Sur le plan de la traduction, cependant, la Grèce Antique n'a joué qu'un rôle extrêmement effacé. Les Grecs étaient tellement convaincus de leur supériorité culturelle qu'ils laissaient aux étrangers le soin d'apprendre le grec. Le latin, à titre exceptionnel, était étudié par ceux dont les occupations avaient rapport au droit ou à la direction de l'Etat. Aussi, indépendamment du fait que l'Histoire a pu ne pas en garder trace, ne faut-il pas s'étonner du peu de références à des œuvres traduites en grec». Para el tema de la dependencia de Roma respecto a Grecia siguen siendo importantes entre otros, C. Pascal (1905), *Graecia capta*. Firenze; E. Fraenkel (1935), *Rome and Greek Culture*, Oxford. En concreto para el desarrollo del tópico aquí tratado en época antigua, cf. H. Haffter Winterthur (1977), «Patrii sermonis egestas bei den frühesten römischen Geschichtsschreibern», en *Latinität und alte Kirche, Festschrift R. Hanslik*, Viena, pp. 101-108.
  10. Tal denominación se debe a V. García Yebra ([1994], «La traducción del griego en la educación romana», en *Traducción: Historia y Teoría*. Madrid: Gredos, p. 28) quien lo define así: «[...] la traducción implícita [...] se produce cuando un lector cuya lengua no es la del original, al leer un texto formulado en ésta, va reproduciendo mentalmente su contenido en la lengua propia».
  11. Un párrafo verdaderamente elocuente aparece en el capítulo «Traducción y creación libre» en E. Bickel ([1982], *Historia de la literatura romana*. Madrid: Gredos, pp. 128-129): «La general propensión a la actividad traductora, que no falta en ningún capítulo de la historia de la literatura romana, se exagera dos veces a lo largo de ella; la intensificación de esta actividad afecta en la misma medida a la época clásica de florecimiento que a la primera época arcaica. Ennio tradujo la *Sacra Historia* de Euhémero y Cicerón el *Timeo* de Platón, Catulo a Safo y a Calímaco y Livio Andrónico a Homero. Además, quedando abierta la discutida cuestión sobre la medida en que la comedia cantada de Nevio y de Plauto es traducción literal de la Comedia Nueva, difícilmente se podrá decidir si se tradujo menos literatura griega en cantidad y extensión en la época ciceroniana y augustea que en el período arcaico de esplendor». Para más información, cf. V. García Yebra (1989), «La traducción del griego en la educación romana», en *Paideia y humanitas*. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación de Chile, pp. 171-185.
  12. La relación lucreciana con la lengua griega se hace notar en la evidente atracción que supuso para el autor latino la obra de Epicuro, la cual sigue paso a paso, según las investigaciones de E. Bignone ([1936], *L' Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*. I-II, Firenze) y sus relaciones aquí estrictamente literarias, el peri: fuvsew" de Empédocles. Para los procedimientos de los que se sirvió a fin de expresar en términos latinos la terminología griega, cf. N. Baran (1965), «Quelques aspects de

acuñó la expresión *patrii sermonis egestas* (1, 831-832 y 3, 259-260), así como *egestas linguae* (1, 136-139) para referirse al difícil trance por el que tenía que pasar la lengua latina a fin de trasladar los *Graiorum obscura reperta*, circunstancia luego sostenida por Cicerón (*Tusc.* II, 15, 35; *De fin.* III, 15, 51), Séneca (*Ep.* 9, 2; 58, 1), Quintiliano (X, 3) o Plinio (*Epist.* 4, 18,1).

Varios siglos después, y comenzando en los albores de nuestro humanismo, se volverán a presentar las mismas circunstancias de lengua dominante frente a lengua dominada, o para mejor entendernos, receptora, aunque las diferencias con respecto al período clásico son notorias. Parece lógico, pues, la aparición del tópico por cuanto se iba a producir una imitación necesaria de la cultura clásica desde los primeros momentos, desde época prerrenacentista, cambiando, como veremos (y aquí ya comienza a haber diferencia con la época clásica) de forma apresurada en nuestro Renacimiento. El problema es el mismo que se planteó para los escritores clásicos latinos, pero serán distintas las lenguas que ahora entren en juego: el latín, utilizado por los humanistas, cuya originalidad, como plantea José M<sup>a</sup>. Maestre<sup>13</sup> no es otra que «una vuelta a los orígenes» es decir a la época clásica; y el vernáculo (en especial el castellano) lengua que intenta de alguna manera conseguir la impronta que hasta ese momento era exclusiva de la lengua latina. Cabe pensar que esta vuelta a los orígenes traía aparejado, aparte de una depuración del latín<sup>14</sup>, todos los artificios retóricos de los que se valían los escritores de época clásica y que en sus escritos recomendaban los preceptistas de la época. Este aserto, que queda asegurado para los escritores neolatinos, debiera verse matizado con respecto a las traducciones de nuestro Renacimiento y Humanismo. Una ojeada a las

---

la langue philosophique chez Lucrèce», en *Romanitas*, 7, pp. 257-265; G. Barra (1974). «La traduzione di alcuni termini filosofici in Lucrezio», en *Vichiana*, 3, pp. 24-39.

13. Cf. J. M<sup>a</sup>. Maestre Maestre (ed.) (1987), «*Poesias varias*» del alcañizano Domingo Andrés. Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, p. XLVI. Para el proceso de creación literaria del Renacimiento, cf. *Id.* (1993), «*Limae labor* y creación literaria en latín durante el Renacimiento: las dos versiones del *Carmen in natali serenissimi Philippi* de Sobrarias», en J. M<sup>a</sup> Maestre- J. Pascual (eds.), *Actas del Simposio sobre Humanismo y pervivencia del mundo clásico (Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, vol. I, pp. 135-178.
14. No se deben pasar por alto las componendas que los humanistas hispanos realizaban a fin de conseguir ese pulimento de la lengua latina. Un párrafo ilustrativo lo ofrece J. M<sup>a</sup>. Maestre en el capítulo IV.5 «La enseñanza del latín» (cf. [1990], en *El humanismo alcañizano del siglo XVI. Textos y estudios de latín renacentista*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz-Instituto de Estudios Turolenses-Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz, pp. LXXIII-LXXIV) referido a uno de los grandes de las «detras humanas» del quinientos, Juan Lorenzo Palmireno.

reflexiones que sobre la traducción se hacen en esta época permitirá ver cómo las más de las veces el tópico tiene mucho que ver con la consideración (buena o mala) que se tenga de la lengua culta, la lengua latina. Para ello se delinearán, eso sí, en breve y apretado bosquejo el devenir de este *topos*, que se encuentra principalmente en los prólogos que anteceden a las propias versiones, ampliando la visión escueta que nos relata Curtius y dando cuenta de los posibles motivos que pueden ser causa de ello.

### *Período prehumanístico*

Parece que las reflexiones originadas al respecto en época medieval son muy escasas<sup>15</sup>, especialmente por considerar la traducción desde el punto de vista de la praxis interlingüística. El florecimiento de las literaturas en lengua vulgar, a partir de los siglos XII y XIII, tampoco supuso, como indica Curtius, «que la literatura latina se agote o pase a un segundo plano»<sup>16</sup>; pero desde este momento se estableció una diferencia, advertida incluso por los menos instruidos, una dualidad entre la lengua del pueblo y la de los letrados (*clerici, litterati*). Había ya dos sistemas lingüísticos, y el latín paso a convertirse en muchos lugares en una segunda lengua<sup>17</sup>. Incluso, a pesar de que escritores de la talla de Dante (dejando de lado en este momento su «nacionalismo»<sup>18</sup>) la consideraran lengua artística e inmutable<sup>19</sup> voces como la de Roger Bacon rechazaban esta idea, lo que hace suponer que ya en tiempos del

---

15. Cf. C. Alvar (1989), «Aportación al conocimiento de las traducciones medievales del francés en España», en F. Lafarga (ed.), *Imágenes de Francia en las letras hispánicas*. Barcelona: PPU, pp. 201-207.

16. *Ob. cit.*, I, p. 48.

17. Así lo sugiere M. A. Gutiérrez Galindo en su edición de la obra de A. De Villadei ([1993], *El Doctrinal. Una gramática latina del Renacimiento del siglo XII*. Madrid: Akal, p. 75) a propósito de los versos 7-10 de este manual.

18. A pesar de restringir las libertades de la lengua vulgar (cf. *De vulgari eloquentia*, II, II, 1 y 5), Dante acepta defender el latín (*De vulgari eloquentia*, I, ix, 8- x, 1-5; xi, 1; xvi, 5) quizás por la añoranza de la Roma imperial como dueña del mundo por derecho de conquista.

19. Es sabido que en el *Amoroso convivio* (cf. *Tratado*, I, V) explica el poeta precisamente por qué prefirió la lengua vulgar frente al latín, al tratarse la obra no de una poesía amorosa, sino de una alegoría culta. La redacción casi obligada de la obra en lengua latina, lengua superior al italiano, hubiese sido una ilusión. Al tiempo argumenta la notable pérdida que se produce cuando traducimos de una lengua a otra.

escritor italiano se empezara a considerar «anticuado» el latín para la filosofía.

Este rifirrafe dejó su marca en el terreno de la traducción. En los comienzos, el esplendor cultural que concedió lugar preeminente a la lengua y ciencia de Roma y que fue propiciado por el llamado «Renacimiento de las ciudades» hizo que obras originales en vulgar se vertieran al latín y desde todos los idiomas<sup>20</sup>. El eco de tales manifestaciones caló en España, donde la actividad traductora desde la lengua latina ayudaba a forjar la prosa castellana en un período presidido por el interés formativo e informativo del mundo clásico<sup>21</sup> y cuyo arranque se sitúa en la ingente labor de Alfonso X el Sabio y se cierra en el tercer tercio del siglo XV; y ello pudo ser la causa de diferenciar una lengua superior (el latín) de una lengua inferior (cualquiera de las romances). Así Enrique de Villena, practicando a sabiendas los patrones clásicos<sup>22</sup>, podía manifestar aunque tímidamente la cortedad de la lengua castellana frente a la latina, como consta en la carta que el primer traductor en suelo castellano de Virgilio mandó a D. Juan, rey de Navarra<sup>23</sup>:

Muy alto e muy poderoso señor, con cuanta humildat, subiección e reverençia puedo significar la interior disposición en mí habituada a vuestra obediencia e secundación preçeptiva, mí mesmo recomendando en la protecçión de vuestro favor, por cuya contemplaçión e mandado se atrevió mi desusada mano tractar la péñola escriviente la virgiliansa doctrina en a eneida contenida, vulgarizando aquélla en a materna lengua castellana, maguer anxiedades penosas e adversidades de infortunios desviavan mi cuidado de tancta operaçión, en que todas las fuerças corporales dirigir convenía. E maguer la rudicia e

- 
20. E. R. Curtius (*ob. cit.*, I, pp. 48-49, n. 25) ofrece unos buenos ejemplos, que sin duda se pueden agrandar, especialmente de traducciones al latín de obras en francés y alemán.
21. Cf. M. Rodríguez-Pantoja (1990), «Traductores y traducciones», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo (IV Simposio de Filología clásica)*, Universidad de Murcia, pp. 91-92.
22. Para Villena lo confirma P. M. Cátedra (ed.) (1994), «Introducción». Enrique de Villena, *Traducción y glosas de la Eneida. Libros I-III*. Madrid: Biblioteca Castro-Turner Libros, p. XVI: «Añade en la carta de envío a Juan II de Navarra otras precisiones que entran dentro de los tópicos retóricos del exordio, al tiempo que nos informan de ciertos episodios de la intrahistoria política y económica del autor».
23. Tomo el texto de Enrique de Villena, *Traducción y glosas ...ya cit.*, p. 5. La cursiva es mía.

insuficiencia más no consintiesen tan elevada materia a las usadas humillar a palabras, *nin equivalentes fallar vocablos en la romançal texedura para exprimir aquellos angélicos concebimientos virgilianos [...]*.

Este «carácter angelical» del latín (en este caso del latín de Virgilio) y la complicación de encontrar en romance expresiones acordes, lo apostillaron de forma más clara otras plumas egregias, en la que se ha llamado «primera etapa de transición»<sup>24</sup> dentro del devenir traductor hispano, propiciando así en el siglo XV el mantenimiento del tópico. En definitiva, vienen a corroborar lo que E. Buceta<sup>25</sup> sugería al decir que los autores castellanos de este siglo se hacen mieles con la lengua latina<sup>26</sup>. De esta suerte Alonso de Cartagena comentaba en su traducción de la *Rethorica ad Herennium* cómo «a las veces una palabra latina requiere muchas para se bien declarar»<sup>27</sup>, Juan de Mena se quejaba del «duro y desierto romance» en su versión de la *Yliada de homero en romãnce*<sup>28</sup>, Alonso de Madrigal se atrevía incluso a dar razones de la cortedad del vulgar<sup>29</sup> y otro tanto significan las declaraciones de Pedro González de

---

24. Cf. «Traductores...», pp. 96-97.

25. En su artículo (1925), «La tendencia a identificar el español con el latín», en *Homenaje a Menéndez Pidal. Miscelánea de Estudios lingüísticos, literarios e históricos*, Madrid, t. I, pp. 85-108.

26. Hay que considerar que en este período se práctica una intensa actividad traductora, acompañada de un estilo fuertemente latinizante. Ello ha motivado las etiquetas de P. Russell ([1978], «Las armas contra las letras: para una definición del humanismo español del siglo XV»), en *Temas y formas de «La Celestina» y otros estudios. Del Cid al Quijote*. Barcelona: Ariel, p. 211) que lo denomina «Humanismo clasicizante español», o de M. Morrás ([1994], «Latinismo y literalidad en el origen del clasicismo vernáculo: Las ideas de Alfonso de Cartagena [ca. 1384-1456]», en *Liuius*, 6, pp. 37) que lo califica de «período de clasicismo vernáculo».

27. Cf. su «Introducción» a la traducción de R. Mascagna (ed.) (1969), *La Rethorica de M. Tulio Ciceron*. Nápoles, pp. 30-32. La cita en J. César-Santoyo, *Teoria y crítica de la traducción: Antología*. Barcelona: Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1987, p. 34.

28. «[...] y aun la osadia temeraria & atrevida (es a saber) de traduzir e interpretar vna tanto seraphica obra/ como la yliada de Homero de griego sacada en latin/ y de latin en la nuestra materna y castellana lengua vulgarizar. La qual obra apenas pudo toda la gramatica y avn eloquencia latina comprehendir y en sí recibir los heroycos cantares del vaticinante poeta Homero. *Pues quanto mas hara el rudo y desierto romance*. Acaescera por esta causa a la homerica yliada como a las dulces y sabrosas frutas en fin del verano, que a la primera agua se dañan/ y a la segunda se pierden. E assi esta obra recibira dos agrauios: en uno en la traduccion latina/ y el mas dañoso & mayor en la interpretacion del romance que tieno y presumo de le dar.» En «Prohemio-dedicatoria a Juan II de *La yliada de homero en romãce*, Arnao Guillen de Brocar, Valladolid, 1519. Al parecer según nos informa J. C. Santoyo ( *Teoria...*, p. 35), de quien tomo el texto, la traducción de Mena no es tal, sino un resumen de 48 páginas extraído aparentemente de las *Periochae* de Ausonio y del *Epitome* del seudo Píndaro tebano. La cursiva es mía.

29. «Aunque sin los relatados inpedimentos o estorias la natural condition del libro podia assaz et mucho turbar la deseada por mi execution de obediencia, ca lo que al glorioso varon Jeronimo por el qual de



Mendoza<sup>30</sup>, Iñigo López de Mendoza<sup>31</sup> y Pedro Díaz de Toledo<sup>32</sup>, es más, a finales de la centuria, Juan del Encina y Diego López de Cortegana<sup>33</sup>, traductores de las *Églogas* virgilianas y de Apuleyo respectivamente, volvieron a hacerse eco de lo mismo.

---

griego fue trasladada en latin la mencionada obra de Eusebio como en el prologo se cuenta fue dificil, a mi es como imposible como esa misma o mayor dificultad sea tornar de latin en fabla castellana que de griego en latin. Et la primera causa de la mayor dificultad es por que la lengua griega et latina son abastadas de palabras significantes para exprimir et declarar los conçibimientos et esto ansi en los nombres principales que llaman primitiuos como en los que vienen por formation o deriuation lo qual non reçiue lengua alguna vulgar por non seer los vocablos subjectos a las reglas de la arte gramatica. La segunda causa es ca aunque en el vulgar et en el latin o griego sea igual muchedumbre de nombres muchas mas cosas et conçibimientos se pueden significar por la lengua latina o griega que por la vulgar [...]. En la dedicatoria al marqués de Santillana que precede a su versión del *Libro de las Cronicas o tiempos de Eusebio Cesariense*. Tomo el texto de J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 36.

30. En su prólogo a *La Iliada de Homero, en romance* dice: «[...] Es otra razon y muy legitima por que asi no podemos conoscer su perfeccion, passando aquesta obra a nuestro uulgar, *que nos no auemos tan compendiosos uocablos para que en pocas palabras pudiessemos comprehender grandes sentençias*». La cita en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 37. La cursiva es mía.
31. «Bien sé yo agora que, segunt ya otras veçes con vos é con otros me ha acaesçido, diredes que la mayor parte ó quassi toda de la dulçura ó graçiosidad quedan é retienen en si las palabras é vocablos latinos: lo qual, como quiera que lo yo non sepa, porque non lo aprehendí, verdaderamente creo que los libros asy de Sacra Scriptura, Testamento Viejo ó Nuevo, primeramente fueron escriptos en Hebráyco que en latin, é en latin que en otros lenguajes, en que oy se leen por todo el mundo, é doctrina, é enseañança á todas la gentes; é despues muchas otras historias, gestas fabulosas é poemas. Ca difiçil cosa seria agora, que despues de asaz años é non menos trabajos, yo quisiessé ó me despuesiéssé á porfiar con la lengua latina [...] É pues non podemos aver aquellos que queremos, queramos aquello que podemos. É si careçemos de las formas, seamos contentos con las materias.» El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 38.
32. «Verdad es que la magestad de la fabla que el dicho Platon touo en el griego non pienso que se pudo guardar por Leonardo, en la dicha traduccion que fizo, segund que sant Geronimo dize en un prologo de la biblia escusandose que el non podria traduzir la sacra escriptura de ebrayco en latin con aquella magestad de eloquencia e dulçor de fablar que en el propio lenguaje la Sacra escriptura tenia. E por consiguiente menos podre yo guardar en aquesta mi indocta traduccion la elegante e curiosa manera de fablar en la qual Leonardo el dicho libro traduxo en la lengua latina, asy por la magestad del fablar de Platon e de las ylustres sentençias suyas como *porque non se sy muchas de sus razones se pueden bien aplicar al nuestro vulgar castellano*». Texto perteneciente al prólogo a su versión (realizada desde la trad. latina de Leonardo Bruni) del *Fedón* de Platón. Tomo el texto de J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 44. La cursiva es mía.
33. Juan del Encina refiere en su versión de las *Églogas* de Virgilio «el gran defecto de vocablos que hay en la lengua castellana en comparacion con la latina» y Cortegana, en su traducción del *Asno de Oro* y en relación a Apuleyo indica que «él escribió tan ordenadamente diciendo una misma cosa por tan diversos vocablos que no se halla romance para ellos, de donde se conoce la abundancia que la lengua latina es mayor que nuestro común hablar». Tomo las citas en M. Rodríguez-Pantoja, «Traductores...», p. 97.

Empero si con el advenimiento del siglo XVI, esperásemos lógicamente la continuidad del tópico y su reafirmación, dado ese carácter de vuelta a los clásicos que el movimiento humanista supuso, la realidad se torna del revés, pues aquel sentimiento de inferioridad entre los traductores hispanos se convierte en todo lo contrario, en un ansia desmedida de conceder al castellano un lugar preeminente: el Renacimiento traza, sobre este fondo de veneración a lo clásico, un fervor exaltado por el romance.

Este cambio de parecer no surge de improviso, sino que es consecuencia de todo un cúmulo de circunstancias que se venía arrastrando desde el siglo XIV (algunos investigadores señalan incluso el siglo XIII<sup>34</sup>) centuria a la que poca consideración se ha dado entre los estudios de la traducción en España, si exceptuamos a J. C. Santoyo<sup>35</sup>, cuyo lúcido artículo delinea un panorama clarificador de esta centuria. En él se da cuenta de las muchas traducciones que se hicieron del latín al castellano, porque «no lo entendían ya ni las clases superiores, ni mucho menos el pueblo llano: todos, incluida buena parte del propio clero, procuraban disponer en romance de los textos que se consideraban importantes por cuanto los escritos en latín quedaban ya fuera de su comprensión»<sup>36</sup>. Las traducciones al latín<sup>37</sup> resultaron escasas, y con ello quedaba en entredicho esa necesidad de acceder a la universalidad.

De esta manera cobró vida a finales del siglo XV y especialmente a principios del XVI<sup>38</sup> una corriente nacionalista (quizás convendría también

---

34. Es el caso de Domingo Ynduráin ([1994], *Humanismo y Renacimiento en España*. Madrid: Cátedra, p. 482) quien sostiene que «quizá no sea ocioso recordar que esta tendencia hacia el vulgar se manifiesta en España desde mucho antes; de manera significativa, por lo menos, desde el siglo XIII, con las obras propiciadas por Fernando III, Alfonso X y Sancho IV».

35. J. C. Santoyo (1994), «El siglo XIV: Traducciones y reflexiones sobre la traducción», en *Litius*, 6, pp. 17-32.

36. *Ibidem.*, pp. 23-24.

37. Indica J. C. Santoyo («El siglo XIV...», pp. 24-25) la traducción de la *Crónica de los reyes de Castilla* del arcediano de Toledo Jofre de Loaisa, que tradujo en torno al 1305 al latín Armando de Cremona; y la traducción de *Llibre dels Feys* realizada por Pere Marsili en 1322 con el título de *Commentarium de gestis Regis Iacobi primi*.

38. De ello da cuenta P. Russell ([1987], *Traducciones y traductores en la Península Ibérica, 1400-1550*. Barcelona, p. 50) apuntando con las oportunas reservas: «Al declinar el siglo XV, aunque había quienes, como Alfonso de Palencia, sostenían —así lo manifestaban al menos— que no era posible traducir del latín al romance de modo satisfactorio, se halla cada vez menos en la pluma de los

llamarla «popularista») que partiendo de Italia<sup>39</sup> encontró eco en quien paradójicamente se proclamaba a sí mismo el debelador de la barbarie y es considerado uno de los humanistas hispanos más importantes: nos referimos a Antonio de Nebrija. En su *Gramática de la lengua castellana* se propuso este humanista fijar el idioma, a resultas de lo que se había realizado con las lenguas griega y latina. Y entre otras cosas señala con fervor patrio que el castellano se halla «tanto en la cumbre, que más se puede temer el descendimiento que esperar la subida»<sup>40</sup>. Amén de ello en sus vocabularios específicos (recuérdese también en este sentido el *Universal vocabulario en latín y en romance* de Alonso Fernández de Palencia) proporcionaría unas correspondencias impagables a muchos profesionales que se expresan en vulgar, o que traducen o escriben obras originales, pues como señala D. Ynduráin<sup>41</sup>, «la dificultad de esa labor no estriba tanto en la construcción sintáctica como en la ausencia de términos técnicos equivalentes a los latinos». Surgía así la divisa de la lengua (sc. castellano) como compañera del imperio<sup>42</sup>; Francia, Flandes y aún Inglaterra no escaparon a su influjo; por ende, el castellano fue consorte deseada para la creación literaria, y los propios humanistas se

---

traductores el *topos* del menosprecio de la lengua romance; ya a comienzos del siglo XVI dicho lugar común ha desaparecido casi por completo. Así, en 1510, publica Francisco de Madrid, su versión del *De remediis* de Petrarca [...] Su prólogo dista mucho de llamar la atención sobre lo inadecuado de la lengua vernácula como instrumento válido para traducir el latín, es más, contrapone ahora con orgullo “la claridad de nuestro romance” a la oscuridad de aquél».

39. Así lo sugiere M. Romera Navarro ([1929], «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», en *Bulletin Hispanique*, 31, p. 205: «El amor a las lenguas antiguas no podía sofocar, a la larga, el uso literario de la lengua hablada: frente a la minoría distinguida de latinistas y helenistas, estaban el pueblo y las clases cultas, si no sabias. Por otra parte, la reacción de los ciceronianos contra el latín eclesiástico medieval, sus esfuerzos por restituirlo en su antigua pureza, contribuyendo a abolir el latín como lengua viva. Por motivos nacionales, religiosos, didácticos, surge en el siglo XVI un movimiento vindicador de las lenguas vulgares: se inicia en Italia, pasa a España y Alemania, luego a Portugal, Francia e Inglaterra».
40. La cita en V. García Yebra (1994), «La traducción en el Siglo de Oro», en *Traducción: Historia y teoría*. Madrid: Gredos, p. 135. Mayor amplitud de horizontes se manifiesta en el primer tercio del XVI. Es el caso de Juan de Valdés quien en su *Diálogo de la lengua* (ca. 1535) anuncia que «la lengua castellana se habla no solamente por toda Castilla, pero en el reino de Aragón, en el de Murcia con toda el Andalucía y en Galicia, Asturias y Navarra; y esto aun entre gente vulgar, porque entre la gente noble tanto bien se habla en todo el resto de España»; añádase también Italia que en el XV había tenido relativa influencia en nuestros escritores donde «así entre damas como entre cavalleros se tiene por gentileza y galanía saber hablar castellano». No está de más recordar que fue Valdés quien vindicó para la norma del castellano no el latín, como había hecho Nebrija, sino el «uso común de hablar».
41. *Humanismo y Renacimiento...*, p. 486.
42. Para el concepto nebrijano, tomado de las *Elegantiae* de Lorenzo Valla, de la «lengua como compañera del Imperio», cf. E. Asensio (1960), «La lengua compañera del Imperio. Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal», en *RFE*, XLIII, pp. 399-413.

percataron del detrimento que poco a poco iba sufriendo la lengua latina hasta el punto de referirlo en sus escritos<sup>43</sup>.

Sea como fuere, todas estas circunstancias, a las que se *incontorn* los ataques ya no velados contra el latín por parte de escritores como Cristóbal de Villalón o Ambrosio de Morales<sup>44</sup>, produjeron un engrandecimiento de la lengua castellana ante la latina, tal y como consta en numerosas declaraciones programáticas que anteceden a las traducciones de clásicos de la época. El mismo Vives recomienda al traductor que compita con el original<sup>45</sup>; Diego Gracián<sup>46</sup> alardea de que la

---

43. No son así extrañas las palabras del alcañizano Juan Sobrarias Segundo cuando, en la dedicatoria al arzobispo de Toledo y primado de las Españas, Alonso de Fonseca, reconoce que *in contuberniis quibus sola uiget Hispana literatura, haec nostratia [sc. carmina] aut penitus erunt incognita aut exsibilata et explosa longius repellentur* [...] (tomo el texto de J. M<sup>o</sup>. Maestre, *El humanismo* ..., p. 34) J. Lorenzo Palmireno en su *Laurentii Palmyreni oratio* ... (cf. J. M<sup>o</sup>. Maestre, *El humanismo* ..., p. LXXVIII) comentaba que sólo seis u ocho, de los seiscientos habitantes de Alcañiz presentes en el momento en que hace su discurso en latín, hubieran podido entenderlo, incluyendo entre éstos a muchos canónigos y frailes; y, en fin, otros como Luis Vives, abundan en la inopia de las letras latinas para facilitar su buen entendimiento al alumno. Así el capítulo titulado *Interpres* en su *Epistola II. De ratione studii puerilis* aconseja al muchacho la necesidad de buenos mediadores de los autores antiguos y de buenos vocabularios para la consulta inmediata. Y a este respecto alude que *magna partis huius laboramus in Latinis litteris inopia, nam eruditissimi illi Varro, Festus, Marcellus, et difficiliores sunt quam ut a mediocriter doctis intelligantur, et non omnia tradunt, quibus est nobis opus. Quae uero terunt omnes, Cornucopiae Perotti et opus Calepini. Nec satis plena sunt et docta parum, nec quibus tuto fidatur* [...] *sed interea utendum erit istis, donec existat aliquis, qui hanc litterarum partem feliciter orbi tradat.* (Tomo el texto de M. Breva Claramonte [1994], *La didáctica de las lenguas en el Renacimiento: Juan Luis Vives y Pedro Simón Abril*. Universidad de Deusto, p. 66.)

44. Cf. M. Romera Navarro, *art. cit.* pp. 217-223.

45. *Si potes contende etiam cum tuo exemplari et meliorem, quam acceperas orationem, reddito* [...], en *Versiones seu intepretationes* capítulo XII del libro III de *De ratione dicendi* (cf. M. Breva Claramonte, *ob. cit.*, p. 105).

46. «Como para el seruicio del V. M. me ocupasse algun tiempo en el exercitio de la lengua Francesa & Italiana y latina; por traduzir mas fielmente los despachos y cartas que a estos Reynos de España: desde que V. M. partio dellos an uenido: y despues tornando al estudio de las letras: pasando algunos libros entre otras obras de aquel excelente Philosopho y Orador Plutarcho Cheroneo Maestro del Emperador Trajano y principalmente los morales: de los quales tengo sacada la mayor parte uiesse aquellos Apophthegmas que el dirigio en Griego al mismo Emperador... parecieron me dignos: que no solamente en lengua Griega y Latina; pero aun tambien en la nuestra Castellana se diuulgassen [...] Quise traduzirlos del Griego porq la traduciõ fuesse mas uerdadera: como porque la propiedad y maneras de hablar de la lengua Griega responde mucho mejor a la Castellana que a otra ninguna [...]» En la «Dedicatoria al Emperador» de la versión de los *Apophthegmas* de Plutarco (Miguel de Eguía, Alcalá de Henares, 1533. (El texto en J. César Santoyo, *Teoria*..., p. 58.) Pero su crítica hacia la lengua latina se exagera en el prólogo al lector de los *Morales* de Plutarco (Juan de Brocar, Alcalá de Henares, 1548). Así dice: «He traduzido estos Morales del original Griego, siguiendo en todo sin me desuiar de la letra del, correspondiendo prosa a prosa: y los versos de poetas que alega Plutarco assi mismo los he buuelto en metro y rima castellana a exemplo de los otros interpretes que con diligencia han traduzido algo de Griego en Latin, o en cualquier lengua vulgar; no me apartando punto del sentido literal Griego, assi porque la traduciõ fuesse mas verdadera, como porque la propiedad y manera de hablar de la lengua Griega responde mejor a la nuestra castellana que a otra ninguna. Que de otra manera sacando del latin es imposible acertar: y por esso se vera claramente que no pueden dexar de errar los que por no entender la lengua Griega, han traduzido en qualquier lengua vulgar de

lengua castellana se corresponde mejor con la griega; y algunas figuras significadas como Fray Luis de León<sup>47</sup> o Pedro Simón Abril pechan con el trabajo de ennoblecerlas. Este último en el «Prólogo del intérprete al lector» que precede a su traducción de la *Ética* de Aristóteles apunta dos cuestiones de por demás significativas: por un lado, lo casi anecdótico, amén de difícil, que era en aquellos momentos para el pueblo llano el estudio y conocimiento de las lenguas griega y latina (fundamentalmente la segunda), y por otro, y principalmente, el hecho de que la lengua vulgar no tiene por qué desmerecer a la latina. Estos pasajes lo demuestran:

Porque, considere V. M. cuán pocos son en número los que aprenden las Letras griegas y aun latinas, en comparación de tantos millares de hombres como hay en tanto número de pueblos y ciudades que al señorío y gobierno de V. M. están sujetas, que ni entienden la una lengua ni la otra. Pues de los que las estudian, ¡cuántos son los que, espantados del trabajo que se ofrece pasar hasta llegar a entender del todo el propio modo del hablar de los griegos o latinos, se paran en mitad de la corrida! ¡Cuántos que, teniendo por fin último la exterior utilidad, toman de la lengua latina sólo aquello que para las ciencias que ennoblecen más las bolsas que los ánimos, les basta; y destas cosas de la filosofía, como cosas al parecer dellos poco provechosas, del todo se descuidan! [...] Por estas y por otras muchas dificultades parece que convenía al bien común de toda la república y reinos de V. M. que, ya

---

la translacion latina sacada del Griego. Assi estan traduzidas en romance castellano las vidas de este mismo autor Plutarco que mas verdaderamente se podran llamar muertes, o muertas, de la suerte que estan tan oscuras y faltas y mentirosas q apenas se pueden gustar ni leer ni entender por estar en muchas partes tan diferentes de su original Griego [...]. El texto en J. C. Santoyo, *Teoria...*, pp. 63-64.

47. Asi comenta en su dedicatoria a don Pedro Portocarrero ([1928], *Poesias de Fray Luis de León*. Madrid: R.A.E., pp. 55-56): «Son tres partes las de este libro. En la una van las cosas que yo compuse mias. En las dos postreras, las que traduxe de otras lenguas de autores así profanos como sagrados [...] De lo que yo compuse juzgará cada uno su voluntad: de lo que es traducido el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesias elegantes de una lengua extraña a la suya sin añadir ni quitar sentencia, y guardar quanto es posible las figuras de su original y su donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extrangeras y advenedizas, sino como nacidas en él. Lo cual no digo que he hecho yo, ni soy tan arrogante, mas helo pretendido hacer y así lo confieso. Y el que dixere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime más mi trabajo. *Al cual yo me incliné sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar.* Mas esto caiga como cayere, que yo no curo mucho de ello». El texto en J. C. Santoyo, *Teoria...*, p. 67. La cursiva es mía.

que las ciencias que se aprenden por sola curiosidad y contemplación del entendimiento, como son las matemáticas y físicas, quedasen en estas lenguas, al vulgo peregrinas, a lo menos la parte de la filosofía que toca a la vida y costumbres de todos, y a la común administración della, la entendiesen los nuestros en su vulgar lengua, la cual yo no hallo por dónde sea menos capaz de recibir en sí las ciencias que en aquel tiempo fué la de los romanos [...]<sup>48</sup>.

Todos estos hechos (habría que tener presente la defensa unánime de la lengua castellana ocurrida en el último tercio del siglo XVI<sup>49</sup>) tendían a la generalización del uso del castellano y su comprensión por parte de todos, circunstancia expresada un siglo antes por Alonso de Cartagena en su *Oracional*<sup>50</sup> y en 1526 por el arcediano Diego López de Almela en la *Crónica del Santo Rey Don Fernando*<sup>51</sup>. Los propios humanistas, a quienes competía más inmediatamente la propaganda de los clásicos en nuestro país, no menosprecian, sino que impulsan el romance: «desde los Valdés a Sepúlveda, desde Nebrija a Alonso de Herrera, es raro el letrado que no escribe en vulgar, sea directamente, sea traduciéndose él mismo» escribe Ynduráin<sup>52</sup>. Esta intención clara de difundir el conocimiento de forma general diluía ese divorcio sugerido por L. Gil<sup>53</sup> cuando diferencia el latín hablado, como lengua internacional de comunicación y lengua científica, de la lengua vernácula<sup>54</sup>; intento al que

---

48. En el «Prólogo del intérprete al lector» que precede a la traducción de la *Ética* de Aristóteles ([1908], Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas). El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 69.

49. Cf. M. Romera Navarro, *art. cit.*, pp. 224-231.

50. Valencia, Albatros Hispanófila, 1983, p. 45: «Por ende, noble e discreto varón, si en algunas otras cuestiones vos respondí en lengua latina, flaca e rústicamente compuesta, aun agora más llano quiero ser, respondiéndovos en nuestro romance en que fãblan asi cavalleros commo omnes de pie. E así los científicos commo los que poco o nada sabemos». El texto en D. Ynduráin, *ob. cit.*, p. 489.

51. «Bien creo yo que no faltará quien me reprehenda diciendo que no es justo mudar los vocablos antiguos, porque parece que tienen magestad e más auctoridad que los modernos. Pero a esto es fácil la respuesta, que cuando alguna historia latina se torna en nuestra lengua e común hablar, no usamos de los vocablos latinos, aunque son más resonantes que el Romance, sino de la habla cotidiana, la cual sirve según el tiempo corre: que ya vemos, en espacio de cuarenta o cincuenta años, asaz diferencia y mudamiento en muchos vocablos de entonces a los de agora». El texto en D. Ynduráin, *ob. cit.*, p. 490.

52. *Ob. cit.*, p. 492.

53. Cf. L. Gil, «Latín y vernáculo» en *Panorama...*, pp. 39-66.

54. Conveniencias en concreto didácticas parecen que fueron motivo de la publicación de numerosos tratados para la aplicación de las ciencias. Así se da a entender en los discursos proemiales de la *Summa y examen de chirurgia* (1568) de Antonio Pérez o los *Erotemas quirúrgicos* (1570) de Juan Fragoso. Aunque quizá sea Pedro Simón Abril quien en sus *Apuntamientos de cómo se deben reformar*

algunos investigadores como R. B. Tate califican como medio de independizar a España de la tutela italiana latinizante y de la dependencia del Imperio<sup>55</sup>.

### *Siglo XVII*

A partir de ahora, en el siglo XVII, la mención del tópico (que se seguirá haciendo) tomará un cariz diferente, habida cuenta de que la lengua castellana ya estaba en igualdad o en mejores condiciones que la latina (aunque quizás convendría mejor hablar de «desigualdad» porque salió de esta contienda ideológica mejor parada). L. Gil<sup>56</sup> ya señalaba cómo «a comienzos del siglo XVII la derrota del latín frente al uso de la lengua castellana es tan clara que hasta un autor tan exaltado defensor de nuestras glorias renacentistas como Bell no puede por menos que reconocerla». Los testimonios proceden de diferentes fuentes: Bartolomé Leonardo de Argensola en 1627, Lope de Vega en su *Dorotea*, Cubillo de Aragón, etc. Pero no por ello el tópico estará ausente de los prolegómenos de las cada vez menos abundantes traducciones de clásicos, sean éstas de la antigua latinidad como de época más reciente.

La consolidación que el castellano había adquirido como lengua de calidad literaria en el XVI dejó atrás la visión torpe que de la misma se percibía en el XV, y ya no se debiera por lo menos referirse a ella en términos despreciativos. Lo novedoso aquí es que cuando se menciona el tópico se intenta buscar cierta explicación al mismo o, cuando menos, evitar cualquier alusión lesiva hacia el castellano. Los comentarios, por ello, se tornan más discretos. Hay quienes encuentran explicación para esta *egestas*, como el caso de Gregorio Morillo<sup>57</sup> que incide en la

---

*las doctrinas* (1589) dirigidos al rey, sugiera el gran error que es enseñar las ciencias en lenguas extrañas y «apartadas del uso comun y trato de las gentes». Cf. ed. B.A.E., t. LXV, pp. 293-294.

55. Cf. R. B. Tate (1970), *Ensayos sobre la historiografía peninsular del s. XV*. Madrid: Gredos, pp. 186-187 y 191.

56. *Panorama...*, p. 47-48.

57. En su comentario titulado «De la traducción de Estacio» que precede a la traducción de *La Tebaida* de Estacio por Juan de Arjona, concluida por el propio Gregorio Morillo (B.A.C., Madrid, 1950) comenta: «Cualquier libro, dice San Hilario, es en la variedad de los vocablos como una ciudad de muchas casas, que para cada puerta tiene su diferente llave; y si estas atasen juntas, no acertaría abrir sin confusión el que no supiese cuál llave es de cada cerradura. Conociendo esta dificultad, llamó Boscán traición a la traducción, porque el que interpreta en otra la lengua que no sabe, á entrambas hace injuria, mayormente si de la otra lengua rica y abundante traduce en lengua pobre y estéril. En esto

vitalidad del castellano frente al latín; otros, como Francisco López Cuesta<sup>58</sup>, recargan la tintas en que la pérdida de «magedad y grauedad» que falta al castellano en relación con el latín es un hecho generalizado en el trasvase de todas las lenguas; aunque ambos, a renglón seguido, se aprestan a la loa entusiasta de la lengua romance<sup>59</sup>. No obstante ello, no faltan posiciones parciales entre nuestros traductores favorables al vernáculo, consecuencia del proceso que se ha visto. De esta manera no sorprenden nada las palabras de Juan Francisco de Enciso y Monzón en su *Traducción Poética Castellana de los doze Libros de la Eneida* (1698) donde aparece el castellano sobrepujando a la lengua latina<sup>60</sup> o las de

excedió tanto la griega á la latina, que tal vez con muchas palabras juntas, segun Agelio, no se puede interpretar lo que el griego dice en una sola. Y si dijese que hay la misma desigualdad entre la latina y la castellana, no sería difícil de probar, porque, *aunque la nuestra no es corta ni falta de conceptos, está acostumbrada á variar los vocablos con el uso, y medir con ellos los de otra lengua antigua que no ha tenido semejanza de variedad; sería querer ajustar un enano con un gigante, [...]*». El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 74. La cursiva es mía.

58. En el «Prologo al Lector (*sic*)» de su traducción de las *Epistolas del glorioso Doctor de la Yglesia San Geronimo* (Luis Sánchez, Madrid, 1613) dice: «Pues porque no todos entienden la lengua Latina, conuino que se traduxessen estas Epistolas en Romance Castellano, para que assi gozen todos del, alomeno en parte. Y si alguno dixere, que no tienen en nuestra lengua la magedad y grauedad que en la Latina, en que el Santo las escriuio no podre negarselo: pero essa falta es general en todas las cosas que se traduzen de vna lengua en otra, aunque sea la Santa Escritura: la qual no tiene en Latin la magedad y enfasi, que tiene en el Hebreo, y Griego en que se escriuio: y assi quando quieren los que predica-, o leen Escritura, ponderar la sinificacion de algun lugar, para mejor hacerlo, lo citan en Hebreo, o Griego, en que se escriuio originalmente: y esta falta nace, de que cada lengua (como dize nuestro Santo) tiene su idioma y propiedad natural, para sinificar las cosas, que no la tiene otra para darles aquella sinificacion tan viuua, ni aquel donaire que tenían en la que primero se escriuieron, ni aquella eficacia y gracia de su original; y assi sucede lo que en el vino, que trassegandolo muchas vezes de vna vasija en otra, pierde su fuerça y vigor: assi las cosas que se traduzen de vna lengua en otra, pierden su energia, su flor, su gracia y propiedad». El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 78.
59. De esta manera se expresa Morillo: «Y así por constar la poesia castellana de número y armonia, como la latina, y tener mas la precisa obligacion de constantes, no se puede encarecer lo que se debe al trabajo que el licenciado Juan de Arjona ha tenido en traducir la Tebaida de Estacio, pues en él, guardando las leyes del intérprete fiel, ha mejorado en muchas partes las sentencias, añadido ornato á las palabras, ilustrado lugares oscuros, facilitado los dificultosos y suplido en muchos los conceptos necesarios para su buen sentido, mostrándose en todo tan superior deste argumento, que pudiera llamarse, no intérprete, sino autor de la historia de Tébas, en que se descubre bien la erudicion que tuvo en la lengua latina y la propiedad que guardó en la castellana, adornándola con la hermosura de sus versos, como se podrá ver confiriéndolos con los de Estacio» (El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 74). Y Cuesta hace otro tanto: «El lenguaje es el que se vsa comunmente sin artificio, ni afectacion, como lo aconsejan Aristoteles, y Ciceron: porque como dize nuestro Santo, escriuiendo a la virgê Maurito, lo que se escriue para todos, ha de ir llano, y de manera que lo entiendan todos: y lo demas es adular nuestra lengua Castellana, que de lo suyo es muy graue, y muy significatiua: y por vsar algunos de vocablos peregrinos, la sacan de sus quicios, y hazen que no todos entiendan lo que dicen: lo qual es vicio insufrible, y en la traslacion seria muy dañoso». El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 79.
60. En el prólogo del autor a los «doctissimos y sutilísimos ingenios de España» dice: «Yo he traducido la *Eneida* más como poeta que como intérprete, no sólo porque la he traducido en versos, sino porque quanto cabe en mis fuerzas he procurado que la traduccion compita con el original». Citado en M. Menéndez Pelayo (1952), *Biblioteca de traductores españoles*. Madrid: C.S.I.C., II, pp. 14-15.



Mateo Ibáñez de Segovia que en el «Prólogo al lector» que antecede a *Quinto Curcio Rufo: De la vida, y acciones de Alejandro el Grande, traducido de la lengua latina a la Española por Don Mateo Ibáñez de Segovia y Orellana* (1699, Madrid [reedición en 1749<sup>61</sup>]). Aquí se dice:

El universal aplauso que han merecido las traducciones, que en este siglo se han hecho en la lengua Francesa, por la aplicación y felicidad con que se han dedicado sus mas eruditas plumas á ilustrarla, reduciendo á ella los mas doctos Escritores Griegos y Latinos, dio ocasion en cierta conferencia literaria, á que se controvirtiese si podrian lograr igual, ó superior acierto las que en nuestra Lengua Española se hiciesen de los mismo originales Griegos y Latinos. Abogaba tibiamente á favor de esta la comun experiencia de las pocas á quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia de Plutarco, y otros, las quales, enmedio de haberse escrito en tiempo, que aun no habia llegado la lengua á verse en la hermosura y ornato, con que hoy se halla enriquecida, mantienen sin embargo tan gran nervio, y eloqüencia, que sin hacerlas desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro á todos los que la emprendieren [...].

### Siglo XVIII

Se esperaría que de aquí en adelante la mención de la *patrii sermonis egestas* se fuera diluyendo (incluso que desapareciera) ante la cada vez más sólida lengua castellana. Esto es lo que cabría suponer, especialmente tras las implacables apologías de fervientes renovadores del humanismo dieciochesco, como es el caso de Gregorio Mayáns. Efectivamente, en carta a don Cristóbal Coret y Peris, fechada en La Oliva, el 19 de julio de 1723, e incluida en las páginas iniciales de la edición de los *Diálogos* de Vives, en la traducción castellana del mismo Coret, se encuentran una serie de párrafos verdaderamente elocuentes a este respecto:

---

61. El texto en J. C. Santoyo, *Teoria...* p. 92.

Pero esta que parece poca atención a la utilidad común, ha sido dicha de Luis Vives, habiendo esperado hablar en nuestro idioma, *cuando éste ha llegado á su perfeccion última*; logrando un tan buen Traductor, que ni disminuye la primitiva elegancia, ni usa voz y frase, que no sean admitidas de los buenos oídos. Verdad, que no querrán confesar aquellos ignorantes muypreciados de cultos, á quienes parece que es humilde el lenguaje castellano, en no habiendo términos desconocidos y ruidosos. De semejantes censores no pretenda v. m. alabanzas. Conténtese con la que le darán los eruditos; y mas aquellos que por experiencia saben las dificultades de traducir.[...] Por esto se debe á v. m. especiales alabanzas: y mas siendo en Vives tan singulares la agudeza y elegancia, por las cuales se podía temer que perdiese mucho en nuestra lengua de su nativa gracia y esplendor. Pero hallo que sin faltar á la fidelidad de las sentencias, y casi contando la palabras, ha dado v. m. á Vives nueva viveza y hermosura, *con la propiedad y grandeza del lenguaje Español: cuyo buen uso no tiene que envidiar la suavidad y elegancia del Latino, ni la propiedad y copia del Griego*<sup>62</sup>.

Pero si quizás en el valenciano esto se comprende y hasta se acepta desde su enorme aprecio tanto a los humanistas del quinientos (caso del mismo Vives, de Nebrija, del Brocense...) como a los mejores escritores en lengua castellana (háblemos de Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, Teresa de Jesús, Juan de Ávila...)<sup>63</sup>, lo verdaderamente importante es que el siglo XVIII conoce un nuevo y quizás más fuerte despertar de esa conciencia de la «inferioridad» que tiene la lengua castellana frente a la latina. Es notorio que los prólogos refieren aspectos más técnicos de la traducción, quizás porque ya las obras traducidas no proceden exclusivamente (aunque no es algo propio del siglo XVIII) de la época clásica, sino de épocas más recientes y lugares más cercanos, principalmente de Francia<sup>64</sup>; sin embargo, parece que se reaviva en

62. El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, pp. 97-98. La cursiva es mía.

63. Esclarecedor a este respecto es el capítulo, ya señalado, «El soñado Siglo de Oro», en A. Mestre (1990), *Mayáns y la España de la Ilustración*. Madrid: Instituto de España-Espasa Calpe, pp. 53-81.

64. Así la crítica del Padre Isla cuando comenta de forma mordaz en el capítulo VIII del libro IV, segunda parte, del *Fray Gerundio de Campazas* que «sucede a nuestras damas con la lengua francesa lo que sucedió a las latinas o toscanas con la griega. Teniase por vulgar la que no empedraba de griego la conversación: y aun llegó a tanto la extravagancia, que entre ellas no se reputaba por linda la que no

algunas plumas principales del siglo aquel estado de sumisión de la lengua castellana frente a las príncipes, las clásicas, conviniendo todos los que ello aducen en lo beneficioso que podría suponer para la lengua castellana el traslado desde la lengua latina.

Menciones un tanto circunstanciales se encuentran en Cadalso<sup>65</sup>, Manuel Blanco<sup>66</sup> o fray Fernando Lozano<sup>67</sup>. Sin embargo, dos comentarios entre los que apenas media un año de diferencia singularizan más que ningún otro el tópico entre nuestros ilustrados.

El primero de ellos se debe al conocido fabulista Tomás de Iriarte, traductor que fue de los cuatro primeros libros de la *Eneida* de Virgilio<sup>68</sup>. Sus palabras no dan lugar a dudas:

La Poesía de los Latinos, imitadores de los Griegos,  
gozaba privilegios de que no puede valerse la

---

pronunciaba aun el mismo latín con el acento o con el dialecto ático. Todo lo habían de hacer a la griega: hablar, vestirse, tocarse, comer, cantar, reír, asustarse, enojarse; en una palabra, afectaban el aire griego en todos sus gestos, acciones y movimientos. Y esto, ¿de qué nació? No sólo del comercio de los griegos con los latinos, que por ignorancia o por capricho se empeñaron en latinizar una infinidad de nombres griegos. Cayó esto muy en gracia a las damas; hicieron moda de la extravagancia, y dieron motivo a Juvenal para que justamente se burlase de ellas en la sátira sexta [...]. El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, p. 110.

65. José Cadalso en una traducción ocasional del *Carm.* III de Catulo (cf. B.A.E., *Poetas líricos del siglo XVIII*, t. I, p. 269, col. 2) menciona: «En castellano, siguiendo el metro en que Lope escribió sus barquillas, y Villegas sus cantinelas, diría yo si se muriera el páxaro de alguna persona a quien yo quisiese un si es no es como Catulo quiso a Lesbia; advirtiéndote que no he hallado voces que me llenen tanto en castellano como en latín, *pipillare, uenustus, mellitus...*».
66. En el prólogo a *Los Oficios de Cicerón, con los Dialogos de la Vejez, de la Amistad, las Paradoxas, y el Sueño de Escipion, traducidos en castellano por D. Manuel Blanco Valbuena, Catedrático de Poética, y Retórica del Real Seminario de Nobles de esta Corte. Madrid. MDCCLXXVII (1777)*. Por D. Joachin Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. Con las Licencias necesarias se indica: «Entre todos los libros que nos quedan de los antiguos, apenas se podrá señalar otro más útil para la enseñanza de los jóvenes que se dedican al estudio de la lengua latina, que este de los Oficios de Cicerón, así por la propiedad y elegancia de su estilo, como por la doctrina que se enseña de las obligaciones que constituyen a los hombres buenos ciudadanos. Esta opinión... es la que principalmente me ha motivado a traducirle, *junto con la necesidad, que reconozco, de que se trasladen a nuestra lengua los originales de los Romanos para perfeccionar la propia, y facilitar al mismo tiempo la inteligencia de la latina*». El texto en M. Menéndez Pelayo (1950), *Bibliografía hispano-latina clásica*, Madrid: C.S.I.C., II, p. 395. La cursiva es mía.
67. Solo menciona Lozano la «parvedad» del verso utilizado en castellano: «Yo hago la traducción caminando por la estrecha senda de la asonancia del verso octosílabo, por parecerme mas fluido, perceptible y sonoro, y no me desentiendo de que la percepción es casi inaccesible y por mi cortedad insuperable». Del prólogo a su *Traducción del Arte Poética de Horacio, o Epístola a los Pisones, formada por el P. Fr. Fernando Lozano, Maestro que fué de Latinidad, y Eloquencia en el Colegio Mayor de Santo Thomás de Sevilla... En Sevilla: Por Manuel Nicolás Vázquez y Compañía. Año M. DCC. LXXVII*. Citado en M. Menéndez Pelayo (1951), *Bibliografía...*, IV, p. 62.
68. Cf. *Colección de obras en verso y prosa de don Tomás de Iriarte, Madrid. En la imprenta de Benito Cano, 1787*. He consultado, no obstante, la edición de 1805 realizada en la Imprenta Real, t. III, pp. X-XIII).

nuestra sino en raras ocasiones y con extremado pulso. Distinguiendo mui notablemente el estilo poético del de la prosa, el language de los Dioses del de los hombres, empleaba gran número de tropos, que sin obscuridad, ó afectacion no es fácil acomodar á nuestros idiomas. Y ¡quanto no ayudaba tambien á Virgilio la abundancia de su lengua! Llama v. g. á Júpiter Pater, Parens, Genitor, Sator; y á estos quatro nombres no podemos dar otro equivalente que Padre. Lo que acá decimos generalmente mirar, se explicaba entre los Latinos por medio de un gran número de verbos que determinaban con diferencias específicas los distintos y particulares modos que hai de mirar; diferencias que no pueden expresarse en nuestras lenguas sin un modo perifrásico. Hasta la conjunción y, que forzosamente se ha de repetir con frecuencia, y que en Castellano, por no haber otra que exâctamente pueda ponerse en su lugar, debe fastidiar el oido, tenía en Latin la facilidad de variarse con et, ac, atque, que, & c. como tambien se variaba la conjunción ó con aut, vel, seu, sive, & c.

A pesar de esta envidiable copia de términos, que conocerá y admirará qualquiera que léa con atencion los Escritores Latinos, y los compare con los nuestros, no reparaban aquéllos en repetir un mismo vocablo muchas veces en pocos renglones: cosa que entre nosotros se atribuiría á pobreza.

El segundo se halla en el «Dircurso preliminar» de la traduccion de la *Iliada* de Homero realizada por Ignacio García Malo. Párrafos elocuentes al respecto son éstos:

Mucho tiempo hace que ejercitándome en la lectura de Homero, por curiosidad, comencé á traducir en prosa algunos pasages de la Iliada. Juzgué que la locucion prosayca carecia de fuerza para exprimir la maravillosa armonía de su versificacion, su hermosura, grandeza y sublimidad, y me dediqué a traducir el libro primero en verso endecasílabo. Aun entonces conocí muy bien lo inferior que quedaba al original, y la suma dificultad de acercarme á una version literal y exacta, asi por la diferencia de los dialectos que usa Homero, como por la oscuridad y neutral interpretacion de sus expresiones tan vivas,

animadas y armoniosas, que no tienen equivalentes en los idiomas modernos. [...] No es empresa tan fácil como algunos creerán la traducción de los poemas de Homero, cuando el mismo Virgilio, que supo aprovecharse tanto de los principios de este hombre célebre: que imitó tan diestramente la Ulisea en los seis primeros cantos de su Eneyda, y en los otros seis la Iliada: y que finalmente, es innegable que le escogió por su maestro, dice: «Facilius esse Herculi clauam, quam Homero uersum subripere», no obstante la mayor conexión de la lengua latina con la griega, la disposición y licencias del verso de aquella y la magestad, energía y hermosura que se descubre no solo en su Eneyda, sino en otros poemas latinos.

*Sin embargo de ser la lengua latina mucho menos embarazosa que la griega, se sabe que es sumamente difícil hacer pasar sus bellezas á nuestro idioma, y á los demas modernos; y por lo mismo se sabe tambien la variedad con que se explican los traductores de la Eneyda de Virgilio.* La traducción en prosa atribuida á nuestro docto P. Fr. Luis de Leon, la hecha en verso por Gregorio Hernández de Velasco, y la de D. Juan Francisco Enciso Monzon, cotejadas una con otra presentan al entendimiento menos ilustrado una prueba incontestable de lo difícil que es traducir las obras de los dos grandes poetas que florecieron en Grecia y en Roma; sin embargo de no ser dudable que estos traductores sabian bien la lengua latina, y que pudieron hallar y seguramente hallarian mayores auxilios para penetrar el sublime espíritu de Virgilio, que los que yo he podido encontrar para percibir enteramente el de Homero<sup>69</sup>.

Quizás los textos citados habrían de entenderse fuera del marco propiamente literario, pues ilógicos para los tiempos que corrían eran estos comentarios en un momento en que el castellano había alcanzado cotas realmente importantes y las traducciones, quizás a causa de ello, se desviaban de los gustos clásicos, interesadas más, como vimos, en otras literaturas y culturas más próximas. Tal circunstancia creo que es esencial para entender el uso del tópico en el siglo ilustrado. Al existir una preeminencia de la lengua francesa, el poco aliento humanista que

---

69. El texto en J. C. Santoyo, *Teoría...*, pp. 125-126. La cursiva es mía.

quedaba latente en algunos valedores de lo clásico no sólo tendría que luchar contra una lengua de fuera, el francés, sino contra la otra que servía a aquélla de mediadora, el castellano. En tales condiciones<sup>70</sup> y dentro del terreno de la lengua, surgía de nuevo el problema planteado así anteriormente. Serán otra vez las lúcidas palabras del profesor L. Gil<sup>71</sup> las que ayuden para comprenderlo:

Hemos visto cómo rehuían y excusaban su empleo [del latín] en los inicios del siglo XVIII los «novadores», alguno de los cuales (por ejemplo, los valencianos Tosca y Corachán) fueron amigos de Martí. Una generación después, los precusores de la Ilustración, como el padre Feijoo, optan decididamente por escribir en la lengua materna. A mediados de siglo, el castellano predomina como lengua de la creación literaria y de la expresión científica. Son cada vez menos los sujetos como don Juan de Iriarte, Pérez Bayer, y algo después Cerdá y Rico, con la suficiente formación como para componer una poesía latina o escribir una obra científica en lengua ciceroniana. A finales de siglo, los hombres universales a la manera de los humanistas del XVI escasean entre los nuestros, aunque todavía un Casimiro Gómez Ortega, botánico, académico de la Historia y miembro de la Real Academia Latina matritense, a sus conocimientos científicos uniera una cierta base de griego y una sólida formación humanística. La corriente ilustrada que en el retorno a las fuentes gregolatinas pretendía encontrar impulso e inspiración para el renacimiento cultural español — Martí, Mayáns, el propio Campomanes— fue desbordada por quienes tomaban más cómodo

---

70. Tales problemas y conflictos se presentan incluso en la misma periodización de la literatura dieciochesca. Así lo explica J. M. Caso González ([1983], *Ilustración y Neoclasicismo*. En F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española*. Barcelona: Editorial Crítica, p. 13) «En los últimos años se ha planteado agudamente el problema de la periodización del siglo XVIII o, lo que es lo mismo, se ha intentado definir sus etapas históricas. No se trata de un asunto baladí, puesto que pasar conceptos amplios a conceptos más concretos permite conocer mejor la historia literaria y poder explicar más correctamente las actitudes y posiciones individuales. Si en la crítica literaria, hasta prácticamente los años posteriores a nuestra guerra civil, el siglo XVIII sólo se conocía como siglo neoclásico, que comenzaba con la *Poética* (1737) de Luzán, precedido de una etapa calificada de barroco degenerado o decadente, empezaron a circular después términos como *barroquismo*, *rococó* o *prerromanticismo*, para terminar en los últimos años con un nuevo planteamiento de los períodos históricos del XVIII».

71. En *Panorama...*, pp. 60-61.

importar las nuevas ideas escritas en francés o en inglés.

### *A modo de conclusión*

No se puede por menos que intentar revisar el panorama desarrollado anteriormente sobre el tópico de la *patrii sermonis egestas* y entresacar algunas conclusiones que podrían sugerirse del mismo.

Lo primero que llama la atención es la continuidad del tópico en todas las épocas de nuestro humanismo (si se acepta el dilatado abanico cronológico desarrollado), aunque, en algunos momentos lo haga con mayor intensidad que en otros y realmente con rasgos diferentes. Queda así, por ello, no como algo exclusivo del paso de la etapa pre-renacentista hispana al genuino renacimiento del XVI, como la mayor parte de los investigadores advierten cuando tratan del «problema de la lengua»<sup>72</sup>, en definitiva de la respectivas influencias del latín y del vernáculo, y por qué no, de sus respectivos enfrentamientos.

Habría que empezar destacando que, como ocurre con la mayoría de los clichés literarios de época humanista, cuyo origen siempre habría que buscar en época clásica, era la retórica la que mayormente se encargaba de conformar y ordenar la expresión literaria. En concreto el tipo de licencia utilizada en el tópico tiene mucho que ver con la consecución del *iudicem beneuolum parare*. Así el pedir disculpas, como lo hacía Tácito, por la rusticidad de su estilo, era un medio de que el escritor alejara de sí toda sospecha de arrogancia. Esta rusticidad de estilo tiene su paralelo en las traducción en la especial incapacidad de la lengua a la que se traduce: se trataba, en definitiva, del vituperio del medio en el que se realizaba la traducción, la lengua, en este caso la lengua de llegada, utilizando a tal fin uno de los cuatro *modi* prescritos para *beniuolos auditores facere*, a saber, partiendo *ab rebus ipsis*<sup>73</sup>.

---

72. Cf. el estudio de A. Carrera de la Red (1988), *El «problema de la lengua» en el Humanismo renacentista español*. Universidad de Valladolid-Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca.

73. Así se dispone en la *Rethorica ad Herennium* (1,4,8) frente a Cicerón (*inv.* 1, 16, 22) que menciona *a causa*. Cf. para más detalle H. Lausberg (1983, 2ª reimpr.), *Manual de retórica literaria*. Madrid: Gredos, I, pp. 242-260, que corresponden al exordio.

Pero no todo es mimetismo con aquellas épocas por mucho que una deba a la otra su razón de ser, y así una gran diferencia en relación con la *egestas* entre la época clásica latina y nuestro humanismo viene dada por el hecho de que aquélla mantuvo constante el tópico en todo momento, mientras que aquí se intenta superar casi desde sus comienzos. A partir de aquí se podría sugerir un segundo aspecto, ya barruntado sucintamente, y es que la persistencia de la *egestas* tiene mucho que ver con la especial relación de concordia entre las lenguas en contacto. Así vimos cómo a la normal presencia de aquélla en las primeras traducciones del XV (tanto en su vertiente literaria, como por la lógica condición en que se encontraba todavía la lengua castellana), se sucede en el XVI un sentimiento contrario, y la aparición por ello del tópico del «sobrepajamiento».

Pero tal situación no va a ser obstáculo, al contrario, para que en los siglos siguientes, el XVII y el XVIII, no vuelva a vislumbrarse la *egestas*, lo cual puede llevarnos a una tercera cuestión, y es que el tópico en sí ya no posee un exclusivo carácter literario, sino que puede verse usado por otros motivos. Esto es especialmente visible en la época de la Ilustración donde en el ámbito cultural se asistía a famosa disputa entre lo antiguo y lo moderno, entre el pasado y el presente y, por lo que aquí se toca, en el mantenimiento del tópico (en un momento de mejor esplendor de la lengua castellana) como medio de contraponer argumentos a la desmedida expansión de otras lenguas, en especial la francesa<sup>74</sup>.

Pero si se atiende al terreno exclusivamente literario, desde el punto de vista de las propias obras traducidas, puede comprobarse cómo no hay una mayor preeminencia del tópico en las obras en prosa frente a las versiones de obras en verso. De la misma manera la mención de la *egestas* varía en las distintas épocas en su propósito, aunque en todos los momentos y de forma gradual hay cierto cuidado (no sé si calculado) por no lesionar a la lengua vernácula, más bien se trata de lo contrario: algo que se echa de ver cuando es la lengua castellana la que sobrepaja a la latina.

Queda, así pues, ampliado este *topos* por lo menos de forma espacial. Parecen claras las relaciones obligadas con la época clásica desde

---

74. Cf. para parecidas circunstancias, F. Salas Salgado (1997), «La *Metrificatio Inuectualis* de Tomás de Iriarte o un episodio de la *Querelle des Anciens et des Modernes*», en *Humanistica Lovaniensia*, XLVI, pp. 326-362.



donde parte y su marcado carácter literario, pero en el humanismo hispano no siempre la utilización que se va a hacer del mismo atiende forzosamente a razones literarias, dirigidas por los designios que encauza la retórica; Consecuencia de ello, y causa de que este tópico se dilate más de lo que cabría esperar, es que al marcado carácter literario, innegable en todas las épocas, se le vincula otro que está fuera del terreno lingüístico y sí dentro de lo ideológico y quizás de lo social. De resultas de ello, aparece así relacionado con los problemas de aceptación o no de la antigüedad clásica como referente cultural (implícita, claro está, en ello la lengua).